

Los nuevos Bolívares

A Jorge Orlando Melo
y Noé Jitrik

Germán Arciniegas publicó en la revista *Sur* de Buenos Aires, una reseña titulada «Sobre dos famosas autobiografías de Salvador de Madariaga y Waldo Frank» (n.º 224, sept-oct. 1953). El título era irónico y en el n.º 226 de *Sur* (enero-febrero 1954) Waldo Frank le respondió aclarándole que más allá de lo que pudiese haber de autobiográfico en su libro, lo que él había intentado era un biografía de Bolívar, hombre que había hecho nacer un mundo.

Pero la sugerencia de Arciniegas no dejaba de ser válida. Al escribir sobre Bolívar cada cual, norteamericano o español, proyectaba *su* Bolívar, poniendo en él lo que ya traía consigo. Simpatías, admiraciones, odios e ideales: su propia vida. Siete libros recientes en torno a Bolívar justifican el título de esta reseña, el recuerdo de la mencionada polémica e incitan a preguntarnos por el renovado interés acerca de quien ya todo parecía dicho. En orden cronológico, los siete títulos son:

- 1) Germán Arciniegas: *Bolívar y la revolución*. Bogotá, Planeta, septiembre 1984. 345 pp.
- 2) Caupolicán Ovalles: *Yo, Bolívar rey*. Caracas, Contexto Audiovisual 3, 1986. 248 pp.
- 3) Fernando Cruz Kronfly: *La ceniza del libertador*. Bogotá, Planeta, mayo 1987. 341 pp.
- 4) Denzil Romero: *La esposa del Dr. Thorne*. Barcelona, Tusquets Editores, marzo 1988, 212 pp. (X Premio La Sonrisa Vertical).
- 5) Germán Arciniegas: *Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta. Juventud y muerte del libertador*. Bogotá, Planeta, agosto 1988. 194 pp.
- 6) Fabio Puyo: *Muy cerca de Bolívar*. Bogotá, La Oveja Negra, diciembre 1988. 244 pp.
- 7) Gabriel García Márquez: *El General en su laberinto*. Bogotá, Editorial La Oveja Negra; marzo, 6 de 1989. 284 pp. (Edición española: Mondadori, Madrid, 1989).

Bolívar y el ancho mundo, según Arciniegas

Bolívar y la revolución busca situar a su personaje en un contexto mundial: el de las cuatro grandes revoluciones que entre los siglos XVIII y XIX modificaron la historia: la inglesa, la de Filadelfia (1774), la de la América Española (1774-1810) y las francesas y haitianas, de 1748 a 1841. El planteamiento de Arciniegas es claro: los grandes imperios monárquicos de Europa, Inglaterra, Francia, España fueron vencidos en América, y en contra de ellos triunfó la libertad republicana. En ese sentido tanto Bolívar como Miranda rechazaban las consecuencias últimas de la revolución francesa: el ascenso de Napoleón a un trono como el que la guillotina había descabezado.

Mal que bien, las repúblicas americanas han subsistido dos siglos y los errores que Arciniegas critica en Bolívar: una filosofía monárquica en la base de la constitución

boliviana y la idea de convertir la Gran Colombia en un protectorado inglés, no opacan su hazaña: nos libertamos no de España sino de Europa para hacer algo propio: «una creación original y auténtica que sale de las entrañas de “nuestra” revolución» (p. 9).

Estas repúblicas que a veces nos parecen tan precarias sirvieron en todo caso para que entre 1840 y 1940 cerca de sesenta millones de personas dejaran Europa advertidas de que el derecho divino de los reyes no existía y que en América resultaba factible lo que en Europa parecía imposible: ser libres. Hacer su propia vida. Darse el gobierno que querían. El rey puede seguir siendo rey, pero no absoluto. En aquel tiempo ¿podía concebirse algo más radical?

Bolívar en Angostura, decía:

Os recomiendo, representantes, el estudio de la Constitución Británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adopten... Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de Republicanismo. A la verdad ¿puede llamarse pura Monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta y cuánto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de República? ¿Y puede pretenderse más orden social?

De este modo el libro de Arciniegas nos introduce en el horizonte característico de estos «nuevos» Bolívares: un horizonte mundial. Peleaban contra España, sí, sólo que para contrarrestar tal poder era imprescindible la búsqueda de un alianza con Inglaterra. El crear una legión británica. Internacionalizar el conflicto. Ofrecer a los ingleses el vasto mercado potencial del Caribe. La hipótesis, tal como la sugiere Bolívar en su «Carta de Jamaica», de «entregar al Imperio Británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de esos países el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales, que, rompiendo los diques de uno y otro mar, acerquen las distancias más remotas y hagan permanente el imperio de Inglaterra sobre el comercio» (p. 35).

Como hábil político, Bolívar tenía que brindar promesas atractivas para obtener a cambio, quizás, una mínima parte del apoyo efectivo que requería: estaba en guerra y no había tiempo que perder. De ahí las arduas y tortuosas negociaciones con Canning, con la Santa Alianza que le temía, con el Vaticano que insistía en nombrar sus obispos. Así hay que ver a este «nuevo» Bolívar: como alguien que intentaba otorgar a este vasto mundo americano carta de ciudadanía universal.

La doble faz de Bolívar, entonces, «que obraba como guerrero y hablaba como civil», proviene de esas coyunturas estratégicas que lo obligan a ser militar y político a la vez:

Había en Bolívar dos personalidades encontradas: la del idealista republicano y la del caudillo absoluto. Era un ciudadano apasionado por la autoridad civil y un soldado violento e inflexible. Esta contradicción lo lleva a proclamar verdades opuestas: no mentía cuando fustigaba a los legisladores, ni cuando los exaltaba. Decía lo contrario en discursos igualmente sinceros, y como caudillo dio a sus palabras un fuego tan ardiente como el que prendía para alumbrar a la república (p. 117).

Este Bolívar dual, que hace tanto y tiene tan profundas dudas acerca de lo que ha hecho, vive los 47 años de su vida (1783-1830) en medio de un torbellino sin fin. No

es escolar, del todo, recordar una docena de fechas que enmarcan esta secuencia relampagueante:

En 1748 aparece *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu y en 1762 *El contrato social* de Rousseau, dos de sus libros de cabecera.

En 1776 se independizan las colonias inglesas de Norteamérica.

En 1780 se subleva Tupac Amarú en el Perú.

En 1781, 20.000 comuneros granadinos parten del Socorro hacia Bogotá, en marcha de protesta por los excesivos impuestos.

En 1789: toma de la Bastilla.

En 1793 guillotinan a Luis XVI, asesinan a Marat y al año siguiente, rueda inexorable de las revoluciones, guillotinan a Robespierre.

En 1801 Haití lanza su constitución, primera escrita en América, con división de los tres poderes, asamblea legislativa, derechos del hombre y un presidente vitalicio.

En 1804 Haití se subleva contra la Francia napoleónica y la derrota. La Francia que insistía en la esclavitud de los negros y a la cual vence la fiebre amarilla.

En 1808 el pueblo de Madrid se pronuncia contra el invasor francés, pide independencia y esta palabra conmueve a un argentino: José de San Martín.

En 1809 se dan gritos de independencia en La Paz y Quito.

En 1810 en Buenos Aires, Caracas, Bogotá, Santiago y México.

En 1824, con la batalla de Ayacucho, queda libre toda la América Española.

En 1849 Colombia decreta la liberación de los esclavos.

En 1865 lo hace Estados Unidos.

No hay guión cinematográfico más complejo que éste. Los que vimos una película como el *Danton* (1982) de Wajda, con Gerard Depardieu y el admirable Wojciech Pszoniak como Robespierre, podemos comprender mejor la imposibilidad de abarcar el multifacético cuadro de estos años, visto desde tantos ángulos, y con el contrapunto central de las dos orillas del Atlántico, impulsando y recibiendo novedades.

Un solo episodio parisino, como en el caso de la mencionada película, podía incidir en todo el mundo, pero si uno de los rasgos distintivos de estos «nuevos» Bolívares, es su carácter mundial —son influidos, pero también influyen— lo decisivo ahora es el matiz americano a partir del cual lo hacen.

Del mismo modo que Colón, al descubrir América demostró a Europa que ella era estrecha y provinciana y que sólo gracias a América sus valores podían llegar a ser universales, las noticias americanas habían ido irrumpiendo en el tejido europeo con colorido propio.

No es sólo la Enciclopedia llenándose, a través de Voltaire y Diderot, de nuevos datos. Es Miranda, el precursor, quien participa, ciudadano del mundo, en las tres revoluciones del momento (la norteamericana, la francesa y la americana), protegido, además, por Catalina de Rusia. Son Jefferson y Franklin, contribuyendo a los textos claves de la revolución francesa. Humboldt, escribiendo y conversando sus viajes. Es el rey de Francia gastando dinero y hombres en la rebelión de las colonias inglesas de